

rentes. Advierte que la fricativización de los antiguos fonemas correspondientes a las grafías *c*, *ç* y *x* produjo una confusión fonológica con las antiguas *s* sorda y *s* sonora (*s-*, *-ss-* / *-s-*), de tal modo que «lo que hoy llamamos *ceceo* y *seseo* no son fenómenos originariamente contrarios, sino variedades de una misma articulación fundamental» (p. 89). Estas variedades tendrían timbre ciceante o siseante, lo que daría lugar a las dos soluciones que conocemos actualmente. El *ceceo* y el *seseo* son históricamente, por tanto, fenómenos concomitantes de las variedades andaluzas de /s/ coronal o predorsal, respectivamente. Consecuente con su concepción teórica y metodológica de que los cambios lingüísticos son correlatos de cambios históricos y sociales, el profesor Lapesa distingue, de un lado, los factores lingüísticos del cambio (de naturaleza fonética y fonológica), y, de otro, los factores sociales y culturales que intervinieron en el triunfo de unas u otras soluciones. De este modo, la generalización de la variedad andaluza (sea el *ceceo*, sea el *seseo*) se relaciona con la aparición de una conciencia regional a fines del xv, de la que ofrece testimonios históricos. La repartición de ambas variedades dependió de las condiciones impuestas por la repoblación y por el diferente prestigio social que adquirió cada una de ellas.

Dos temas diametralmente alejados respecto de la naturaleza del proceso evolutivo que se estudia son descritos desde una misma perspectiva doctrinal y metodológica. Sin renunciar a la consideración de que en los cambios lingüísticos son primarias las variantes fonéticas, incorpora criterios de índole fonológica procedentes del estructuralismo praguense, sin que ello signifique ruptura con la idea central de que la vida del lenguaje, como producto histórico, se desarrolla en un tiempo y en un espacio; de aquí se deriva una concepción esencialmente dinámica de la evolución lingüística, relacionada siempre con los factores que determinan la vida de la comunidad idiomática.

La íntima coherencia metodológica a que me he referido más arriba se manifiesta, asimismo, en sus estudios sobre el español de América. De este modo, ha explicado de modo concluyente el influjo de ciertos rasgos andaluces en el español hablado en el Nuevo Continente¹¹. La nueva edición de la *Historia* incorpora no sólo su investigación personal, sino la de los estudiosos que, desde otras perspectivas, han confirmado su interpretación; así, los trabajos demográficos y estadísticos de Boyd-Bowman¹² sobre la procedencia de los emigrantes a las Indias en los diez primeros años de la Conquista, demuestran que el sesenta por

¹¹ Véanse sus estudios «Sobre el ceceo y el seseo en Hispanoamérica», en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, *Revista Iberoamericana*, XXI, 1956, 409-16, y «El andaluz y el español de América», en *Presente y futuro de la lengua española*, II, Instituto de Cultura Hispánica, OFINES, Madrid, 1963, 173-82.

¹² PETER BOYD-BOWMAN: *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI*, I (1493-1519), Bogotá, 1964; II (1520-39), México, 1968.

ciento eran andaluces; en los diez años siguientes, las mujeres que viajaron a América procedían de Andalucía en sus dos terceras partes, y la proporción mayoritaria de meridionales se mantuvo en los años siguientes. Manuel Alvar ¹³ ha descrito, asimismo, el fuerte influjo de Sevilla en el establecimiento de la base lingüística formada en las Antillas en los primeros años de la Conquista, base lingüística con rasgos andaluces que fue llevada al Continente en las sucesivas expediciones colonizadoras. El profesor Lapesa ha recogido en su *Historia* la inmensa bibliografía aparecida en los últimos años, planteando nítidamente el estado de la cuestión. Gracias a su asombrosa capacidad de síntesis, decenas de estudios quedan incorporados a la explicación del proceso de hispanización de América, que incluye el estudio de los elementos de procedencia diversa: afronegrismos, lusismos, etc.

La preocupación por el uso del español de nuestros días, a un lado y otro del Atlántico, es otro de los temas que han atraído la atención de Lapesa. Su talante abierto y comprensivo ante la realidad universal de la lengua española se ha puesto de manifiesto en numerosas ocasiones. Sus intervenciones en los Congresos de Academias de la Lengua Española han sido escuchadas siempre con gran respeto; a la preocupación por la unidad del idioma responde su artículo «América y la unidad de la lengua española» ¹⁴, superador de viejos criterios casticistas. Este trabajo no representa una actitud meramente ocasional; más importante por lo que significa de entrega personal, de generosidad científica e intelectual, de renuncia en suma a la obra personal en beneficio de la aportación colectiva, es su dedicación al Diccionario Histórico. Recuerdo que en muchas ocasiones sus discípulos solicitaban de él, en tono de cariñoso reproche, que no fuera tan generoso para con la obra colectiva en perjuicio de su esperada sintaxis histórica. Casi siempre eludía la respuesta; en otras ocasiones, como pidiendo disculpas, aludía a un sentimiento, el patriotismo, no siempre bien entendido por los estudiantes. Es ahora cuando todos hemos comprendido que para un intelectual de la generación de Lapesa aquella palabra tenía connotaciones bien diferentes que para los alumnos de los años cincuenta. Significaba, sencillamente, renuncia personal en beneficio de la comunidad histórica a la que se pertenece. Durante mucho tiempo, la aportación de Lapesa, como la de sus colaboradores más directos ¹⁵, al trabajo de la Academia y de su Diccionario Histórico ha sido sencillamente heroica. Sabedor de que la dimensión universal de nuestra lengua es uno de los patrimonios de

¹³ MANUEL ALVAR: «Sevilla, macrocosmos lingüísticos», en *Estudios filológicos y lingüísticos. Homenaje a Angel Rosenblat*, Caracas, 1974.

¹⁴ Publicado en *Revista de Occidente*, 2.ª época, IV, 38, 1966. Véase también «La lengua en los últimos cuarenta años», en *Revista de Occidente*, núms. 8-9, 1963, 193-208.

¹⁵ Véase el discurso de recepción como académico de MANUEL SECO REYMUÑO: «Las palabras en el tiempo: los Diccionarios históricos», Madrid, 1980, y la contestación de RAFAEL LAPESA.

la humanidad, Lapesa ha afirmado su españolidad en el trabajo colectivo. Por eso sabemos que el patriotismo es uno de los elementos vertebradores de su vida como intelectual.

* * *

Menéndez Pidal había postulado siempre la conveniencia de cultivar los estudios literarios como necesario complemento de la investigación filológica. Del Centro de Estudios Históricos surgieron diferentes tendencias críticas que renovaron los estudios sobre la historia de la literatura española. La necesaria especialización en campos concretos del saber se complementaba así con una concepción más amplia de las humanidades. Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, son autores de importantes trabajos sobre nuestro pasado histórico y literario; Amado Alonso es el creador de una concepción crítica que alcanzó su culminación en el libro *Materia y forma en poesía*; Dámaso Alonso, en fin, se ha esforzado en crear una ciencia de la literatura basada en el análisis estilístico. Lapesa se insertó bien pronto en esta tradición. Sus primeras reseñas sobre fray Ambrosio Montesino son de 1937; en seguida publicó en la *Revista de Filología Española* un estudio sobre Cetina, que había de tener inmediata continuación. Terminada la guerra civil, publicó un estudio y selección de *El diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, que, reeditado en 1946, hemos seguido utilizando. Esta primera fase de sus estudios literarios culminó en 1948 con la publicación de *La trayectoria poética de Garcilaso*¹⁶. Una sólida base documental de carácter histórico, combinada sabiamente con el análisis de los textos poéticos, permitió a su autor describir el proceso de perfeccionamiento técnico perceptible en la obra garcilasiana. El estudio pone de manifiesto la relación existente entre el curso biográfico del poeta, la evolución de su experiencia sentimental y la asimilación progresiva de la influencia de los poetas italianos y latinos, tras su estancia en Italia. Este libro del profesor Lapesa es importante no sólo por los aspectos de la obra garcilasiana que quedan clarificados, sino también por el método crítico empleado. En efecto, frente a la mera localización de datos biográficos, ediciones, fuentes e influencias, vigente entonces entre los historiadores de la literatura, Lapesa se interesa ante todo por la función que estos elementos desempeñan en la interioridad del texto. Anticipándose a ciertas orientaciones críticas que habrían de imponerse años después, Lapesa atribuye importancia fundamental al análisis del texto. El sentido íntegro de la obra poética se explica por la armónica

¹⁶ RAFAEL LAPESA: *La trayectoria poética de Garcilaso*, Revista de Occidente, Madrid, 1948, 2.ª ed., 1968.